

PRESENTACIÓN

El texto que aquí rescatamos del pasado para tornarlo nuevamente accesible al público fue editado hace 23 años (en “Cuadernos del Claeh”, N° 62, Montevideo, 1992) y los materiales originarios fueron elaborados probablemente a lo largo de los años 1990 y 1991. Según me ha confesado quien se encargó de ordenar y pulir esos materiales –José Rilla- la extensión de los mismos triplicaba el formato que finalmente fue publicado.

En general, suelo ser poco tolerante con los escritos que redacté en el pasado y no sólo me he resistido a su reedición, sino que trato de convencer a los estudiantes de mis cursos de que no los consulten, por cuanto ya no representan ni mi manera actual de abordar los temas tratados ni tampoco mis conclusiones al respecto. En este caso, empero, creo que hay algo rescatable en ese texto, en particular, la propuesta de asociar el ideal moral estoico con ciertas tradiciones y relatos predominantes en el imaginario público uruguayo. Más aún, en estos mismos momentos acabo de redactar un artículo dedicado al análisis del proyecto de ley de creación del FONDES, así como del mensaje asociado a dicho proyecto, en el que redescubro las huellas de ese mismo ideal estoico en las argumentaciones utilizadas por los redactores como justificación de la utilización de recursos públicos para contribuir a consolidar emprendimientos autogestionados.

Si tuviera que señalar en qué aspectos sigo coincidiendo y en cuáles discrepo actualmente con el artículo que escribí hace 23 años –o que Rilla confeccionó con mis borradores- tendría que redactar un texto con la misma o mayor extensión. En todo caso, al releerlo ahora **advierto con preocupación hasta qué punto mi mirada sobre ciertos asuntos estaba afectada por un “provincianismo temporal”, es decir, atrapada por el horizonte estrecho de las informaciones, los debates y las preocupaciones que circulaban por ese entonces.** También advierto, con una mezcla de perplejidad y preocupación, que el tema central del artículo – **nuestras propensiones como comunidad de destino a la resignación y al fatalismo**, a quedar atrapados en horizontes estrechos de miras, desprovistos de curiosidades, asombros y dilemas morales genuinos- ha terminado cobrando cierta extraña actualidad, en la medida en que los partidos políticos uruguayos, a partir del restablecimiento de la democracia han terminado por asumir como un problema y un desafío algunas de las propensiones colectivas que denunciábamos hace más de dos décadas: “la debilidad de nuestras iniciativas empresariales fundacionales”, la falta de audacia e innovación en las propuestas de futuro y en el ejercicio de los liderazgos.

En lo que sigue me limito a contextualizar el artículo en cuestión a través de dos tipos de señalamientos y comentarios. Por un lado –en los tres primeros numerales- consigno algunos ejemplos ilustrativos de los provincianismos más inocultables, señalando en cada caso el tipo de correcciones que ahora me sugiere una mirada que espero sea menos provinciana que aquella. Por otro lado –en un cuarto numeral-, introduzco algunas referencias mínimas a las esclarecedoras divergencias que se advierte entre los diagnósticos y los mensajes de los diferentes partidos políticos a propósito de las mencionadas propensiones colectivas a la resignación y al “continuismo”.

-1. La información disponible sobre las trayectorias divergentes –estancamiento o expansión- en los largos plazos de los distintos sectores de la actividad económica local.

En estos últimos 20 años la economía uruguaya ha experimentado cambios acelerados y en profundidad. Y lo cierto es que mi imaginación y mi entrenamiento reflexivo no me permitieron avizorar muy lejos. En el momento de redactar el artículo el Mercosur estaba arrancando y cualquier observador mínimamente perpicaz tendría que haber sospechado hasta qué punto el proceso de integración regional iba a impactar negativamente sobre los sectores industriales tradicionales en nuestro medio: el textil, el de la vestimenta, el cuero, la marroquinería y zapatería, la metalúrgica liviana, la fabricación de medicamentos, etc. Más adelante, en la primera década del nuevo siglo, se intensificaron las corrientes comerciales con la China continental y los impactos en la región y en nuestro medio trastornaron todas las previsiones, no

sólo las mías. Lo que me resulta imposible es entender cómo y por qué se me ocurrió incluir a la agricultura de la cebada en el casillero reservado a los sectores pujantes. Hoy en día, no me preocuparía tanto de la aceleración y de los resultados en términos de volúmenes producidos e ingresos obtenidos y sí, en cambio, en la consolidación de circuitos de acumulación de innovaciones y de tradiciones de excelencia en la gestión empresarial y en los diseños. A partir de esos nuevos criterios de exigencia incluiría ahora, además de los entonces mencionados rubros -el arrocero y la lechería- la agricultura de secano, el sector cítrico y la forestación, la elaboración de vinos finos, de aceite de oliva y, en particular, a la ganadería de carne, para destacar en este rubro, un acontecimiento que no ha sido suficientemente advertido ni sus implicaciones contabilizadas: la superación, en un período muy corto a partir de 1990, de casi un siglo de estancamiento, con el consiguiente desmentido a miles de páginas dedicadas a indagar las causas de dicho estancamiento del sector ganadero.

-2. Los debates en torno a las políticas económicas.

En la época en que redacté el artículo ahora reeditado, los primeros años de la década de los 90, junto con el colapso del experimento soviético de dirigismo colectivista, resultaron desafiadas las orientaciones y las instituciones económicas predominantes durante las primeras tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, puestas a la defensiva por el ascenso acelerado de las prácticas y las propuestas de liberación de los circuitos comerciales y financieros a nivel internacional, así como de desregulación de los mercados laborales y crediticios a nivel nacional y de privatización de aquellas empresas que habían sido incorporadas a un sector público ampliado en sus alcances e incumbencias tradicionales. En el mencionado artículo, traté de ubicarme al margen de las controversias que en esa época se sustanciaban en nuestro medio, entre quienes apoyaban y quienes rechazaban los nuevos vientos de liberaciones, desregulaciones y privatizaciones. Me limité a señalar las ilusiones mal fundadas que solían asociarse a las argumentaciones de ambos bandos, pero al proceder de esa manera, me concentré en sus peores versiones, dejé afuera a los aspectos rescatables de cada una de las posiciones enfrentadas y, más decisivamente, no acerté a perfilar un tercer enfoque alternativo, ya no centrado en los encadenamientos dinámicos y los resultados, sino en aquel tipo de cuestiones a las que actualmente otorgo máxima relevancia, en particular, **el diseño y las implicaciones morales del cableado institucional.**

-3. En el artículo publicado originariamente en 1992, las improntas estoicas presentes en nuestro imaginario colectivo son presentadas implícitamente como el resultado del predominio de cierto ideal moral entre los uruguayos. Es cierto que tales improntas no figuran en ese escrito como el resultado de cierta adhesión más o menos explícita a una concepción de aquello que torna valiosa a una vida humana, es decir, una concepción que en algún momento habría resultado más atractiva que cualquiera de sus posibles alternativas, a partir de lo cual habría logrado reclutar una masa crítica de adherentes y consolidarse a través de su transmisión a las siguientes generaciones. Con todo, también es cierto que la vigencia del ideal estoico es allí atribuida a los uruguayos como si se tratara de un rasgo de nuestro patrimonio colectivo que heredamos todos los residentes de este bendito país.

Y bien, si tuviera que escribir de nuevo sobre el tema, me preocuparía en señalar que no se trata de un mero arrastre inercial del pasado, sino que es el balance provisorio y reversible de nuestros emprendimientos y sueños colectivos, de lo que hemos sido capaces de llevar adelante y de los condicionamientos y los obstáculos contra los cuales nos hemos tropezado una y otra vez, por un lado, así como de las limitaciones y timideces imaginativas que han ostentado hasta ahora, tanto nuestros relatos acerca de nuestro pasado, como los repertorios de propuestas alternativas en torno a futuros capaces de convocar nuestros entusiasmos y por los cuales valiera la pena asumir esfuerzos y sacrificios. Para mayores aclaraciones a este respecto, remito al lector al artículo “Un sueño despistado y perezoso” que acabo de redactar y que será incluido a la brevedad en este portal.

-4. Hace unos meses me regalaron un libro editado por Alfonso Lessa¹ en el que se recopilan entrevistas concedidas por dirigentes políticos uruguayos en el período que abarca desde 1985 hasta nuestros días. La lectura en continuidad de esos testimonios ofrece un panorama tan amplio e ilustrativo como esclarecedor en torno a los problemas y desafíos que han venido centrando las preocupaciones de la ciudadanía uruguaya a partir del restablecimiento de las instituciones democráticas. Seleccionando en la acumulación de mensajes recogidos y de la diversidad pletórica de los asuntos a indagar, nos interesa llamar la atención sobre **un eje que parece dividir inequívocamente a las actitudes y el tono de los discursos de los partidos políticos uruguayos ante la comprobación inequívoca de lo que Gabriel Oddone ha designado como “el declive”, el retraso sistemático de las empresas públicas y privadas uruguayas** –en términos de gestión, disciplina, innovación, diseño, etc.- con respecto a sus pares en los países más exitosos del sudeste asiático y de Oceanía, así como aquellos del continente europeo – España, Portugal, Italia, etc-. que hasta bien entrado el siglo XX habían nutrido corrientes migratorias hacia estas regiones. En un extremo, **los dirigentes de los partidos fundacionales, el Colorado y el Nacional, tendieron a asumir ese retraso relativo como una culpa colectivamente compartida**, como el castigo ocasionado por la ausencia de visiones y liderazgos reformistas, por el predominio de disposiciones mezquinas y perezosas en los núcleos de empresarios, gerentes y trabajadores, aferrados a la protección miope de sus intereses, puestos de trabajo y niveles de ingresos, en un mundo cambiante que les resultaba cada vez más hostil. En el otro extremo, **los mensajes de los dirigentes del Frente Amplio se orientaban en la dirección opuesta: no sólo exoneraban a los uruguayos de culpas colectivas por dicho retraso, sino que, a diferencia de sus adversarios, en vez convocar a la ciudadanía a revisar sus creencias, convicciones e ideales de vida, los exhortaba a enorgullecerse de su renuencia a plegarse a las modas reformistas que han estado agitando a la región desde la década de los 90.**

A mi juicio, ambos polos de tradiciones partidarias han estado y están mandando mensajes equivocados, lo que se comprueba por cuanto ninguno de ellos ha logrado despertar entusiasmos ni sueños ambiciosos, lo que confirma de alguna manera los diagnósticos que elaboré hace más de veinte años con respecto al imaginario colectivo uruguayo, a la vez que constituye una invitación a retomar y profundizar esas mismas vetas.

¹ “HISTORIA VIVA. Los protagonistas y las ideas del Uruguay contemporáneo”, DEBATE, Montevideo, 2014.

Estoicos, aburridos y mezquinos...

Quince apuntes acerca de las relaciones de los uruguayos con la economía

Carlos Pareja

La incapacidad para analizar con certeza nuestro estancamiento económico no ha quedado meramente en el campo de la teoría y de la academia, sino que se ha desbordado, contaminando el campo de las culturas y las retóricas políticas, las que a la vez, derivan en una serie de recetas triviales, infantiles y perezosas para enfrentar nuestros dilemas. La contaminación no solo alcanzó al proceso de formación de opiniones y a la capacidad de diagnóstico, sino que, incluso, ha deteriorado nuestras prácticas colectivas y nuestra responsabilidad, tanto en el terreno de la administración pública como en el de las prácticas laborales, de las formas de negociar transferencias de ingresos y de atender problemas y necesidades.

Todo ello habla de un trato determinado que los uruguayos tenemos con la economía, de una forma de observar el éxito y el fracaso y de ponderar los desempeños mismos de la gente en cualquier plano. El texto que sigue es la edición de una versión grabada que su autor realizó para cuadernos. Más allá de cierta "oralidad" del texto, que ambienta y refuerza su talante ensayístico, su contenido justifica esta publicación, a cuenta de un trabajo en preparación, de más largo aliento.

1. Dos leyendas sobre los males de la economía uruguaya

Hay una leyenda que culpa del fracaso de la economía uruguaya al empresario individual, a su miopía respecto al mercado, a la estrechez de su capacidad acumulativa, a su debilidad cultural o técnica de gestión. También existe la leyenda contraria: la culpa de los fracasos de la economía uruguaya (supuestos o notorios) radica en el peso excesivo del Estado.

Las dos leyendas son simétricas y perezosas; constituyen dos polos de diagnósticos y recetas. En ambos casos se supone que existe un potencial implícito y un obstáculo a desobstruir. En ambos casos se parte de la base de que esas oportunidades y potenciales existían y se malograron por los errores en la conducción económica y en la distribución de responsabilidades. Es simétrica, incluso, su retórica revolucionaria: habría que hacer una

CARLOS PAREJA.
Filósofo, investigador del
Programa de Ciencias Políticas
del CLAEH y del Instituto
de Ciencia Política de la
Universidad de la República.

revolución, de derecha o de izquierda, para extirpar los obstáculos que están impidiendo la explicitación de ese potencial.

¿Y si el problema radicara sencillamente en que no existen ni probablemente han existido grandes oportunidades de expansión económica brillante para un país chico y sin recursos naturales?

Todas estas explicaciones se derrumbarían.

2. Ambos diagnósticos miran mal y superficialmente al mundo

La historia es vieja y los ejemplos abundan.

Hacia 1912, cuando Alberto Boerger decía que la ganadería extensiva era un atraso y que el uso latifundista de la tierra era la explicación del pobre desarrollo agrícola y agropecuario uruguayo, circulaba la leyenda opuesta. Ricardo Martínez Lamas señalaba que el peso del Estado, a través de impuestos, protecciones industriales y barreras arancelarias, había distorsionado e impedido que la acumulación se produjera en aquel sector --la ganadería extensiva-- para el cual teníamos ventajas comparativas.

Sesenta años después, Ramón Díaz atribuye, siguiendo las líneas de Martínez Lamas, el despoblamiento de la campaña uruguaya al peso de una política proteccionista de transferencia de rentas y recursos del sector primario, agropecuario, al sector industrial.

El error es aún más notorio hoy. Bastaría una mirada superficial al resto del mundo para constatar que el proceso de despoblamiento de la campaña es un fenómeno mundial, que no está necesariamente vinculado con políticas proteccionistas, sino con un proceso cultural de urbanización, de aparición de formas de vida y oportunidades, de servicios en el conglomerado urbano que generan,

necesariamente, efectos atractivos sobre un sector primario, donde la demanda de mano de obra siempre está muy acotada.

El Uruguay ha conocido todo tipo de modelos de gestión, de propiedad, de asociación, distintos paquetes tecnológicos, formas de explotación, sin que esos ensayos --unidades cooperarias, formas de colonización, etc.-- arrojaran resultados brillantes o descubrieran potenciales de explotación de recursos completamente diferentes y expansibles para todo el territorio nacional con buen resultado.

Más bien, puede ofrecerse el testimonio contrario: allí donde había oportunidades, hubo resultados. Los sectores dinámicos, como el arroz, la leche, la cebada, los citrus, encontraron modelos y formas de acumulación, de administración, de crédito, de comercialización dinámicos y muy eficientes y buenas tradiciones laborales de excelencia.

Desde el punto de vista del desarrollo agrícola, el Uruguay posee una dotación de recursos y de suelos muy limitada, con elementos minerales escasos y un potencial productivo que, en todo caso, está también muy acotado por el tipo de producción y de mercado al cual se puede acceder.

En el mejor de los casos, suponiendo que todo el país se convirtiera en una mezcla de explotación láctea y de arroz donde ello es posible, eso no significaría un cambio drástico del nivel de vida de la sociedad. La producción de alimentos de ese tipo presenta un tope muy bajo. Los productos alimenticios en general, entran en un mercado en el cual no existe sino muy relativamente la posibilidad de beneficiarse de ventajas comparativas, porque los países, a través de *stocks* reguladores y mecanismos de control de la oferta y la demanda, tratan de ponerse a salvo de fluctuaciones muy bruscas.

En cuanto al desarrollo industrial, tampoco podemos decir que han sido muchas las oportunidades desechadas,

ni los potenciales productivos inexplorados.

En ambos casos, tanto en el agrícola como en el industrial, hubo intentos audaces --de formación de técnicos, de institutos de exploración, de inventarios de recursos, institutos geológicos, químicos, exploraciones de ANCAP, institutos industriales-- a través de los cuales se investigaron posibilidades.

Y más aún: toda clase de créditos, subsidios, protecciones, infraestructura proporcionada por la sociedad para desarrollar ese tipo de industrias. Lejos de encontrar un empresario desamparado o, al revés, un empresario miope, hubo esfuerzos de todo tipo para explorar oportunidades y horizontes de desarrollo, sin que estos resultaran muy exitosos.

La idea de que las causas de la pobreza o el estancamiento uruguayo residen en el proteccionismo, en las barreras arancelarias que distorsionan la asignación de recursos, en el peso del Estado a través de impuestos y contribuciones que impiden la capitalización de aquellas formas de explotación más dinámicas, es también un camino sin salida, por cuanto los mismos factores invocados operaron en todos los países durante ese período, donde se ensayaron formas de proteccionismo y hubo una expansión del gasto social y, sin embargo, ese aumento del gasto social --y por lo tanto de la contribución empresarial-- no dio lugar a disminución de inversión ni a falta de dinamismo económico.

Tomemos otro ejemplo de miradas malas y superficiales al mundo: la transitada leyenda de la expansión burocrática del Estado a partir de los años 40, como causa necesaria y suficiente de nuestros males.

Es interesante señalar que la expansión de la burocracia, de las jubilaciones, de los empleos públicos, de la capacidad de los sindicatos para mantener rígidos su nivel de empleos y su nivel de salarios en ese período es un fenómeno que se constata en casi todos

los países de Europa, en Estados Unidos, Australia, Nueva Zelandia, etc. En consecuencia, fallan los diagnósticos que veían en ese proceso una pendiente de deterioro. Por ejemplo, en cuanto a la expansión del gasto público, resulta revelador el proceso en Francia desde 1925 hasta nuestros días. En 1925, Keynes indicaba como un tope para el gasto social el 25 %. Ya en 1974, este había pasado a ser un 40 % del PBI. En 1981 había llegado al 44 % y en 1990 estaba en el 50 %. Y en todos los momentos se señaló que esa expansión había llegado al límite. En realidad, ningún límite fue alcanzado; siempre se decía que iba a traer el deterioro, pero los países, aun aumentando el gasto, siguieron creciendo.

El aumento de ese gasto social estuvo asociado, inevitablemente, con una baja de productividad. Pero la aparición de nuevas necesidades y nuevos servicios vinculados a la salud, gastos médicos, cuidado de la ancianidad, jubilación, son procesos universales que no pueden ser responsabilizados del estancamiento de la economía uruguaya. Los fenómenos de expansión del gasto público y de bancarotas fiscales tampoco son privilegio ni patrimonio del Uruguay, a tal punto que es conocido el caso de la bancarrota sistemática de la ciudad de Nueva York.

También en ese período se produjo en el Uruguay la expansión de la enseñanza secundaria, lo cual, por supuesto, demandó una multiplicación del personal docente. La masificación rápida trae, necesariamente, un deterioro de los servicios. En todas partes del mundo, la enseñanza, atendiendo demandas en rápida expansión, produjo fracasos, y en ese sentido no es mucho peor el panorama de la enseñanza uruguaya que el de la de Estados Unidos e incluso Inglaterra.

En cuanto a la acción de los sindicatos y su capacidad en ese período de establecer extracciones de rentas, de negociar contra otros sectores, benefi-

ciándose frente a ellos de su capacidad organizacional, puede afirmarse que ese es un fenómeno que se mantuvo hasta la crisis de 1974, cuando el *shock* petrolero generó procesos de reconversión industrial y modificación de las pujas sectoriales, de la organización de conflictos, de las negociaciones salariales y de las rentas de todas las sociedades.

En los últimos tiempos han estado de moda, junto a las culpas del Estado, las culpas de las recetas de los organismos internacionales. Atribuir la desigualdad a las recetas de ajuste de los organismos de crédito internacionales o a la presión del sistema financiero constituye un diagnóstico despistado, porque lo más probable --y hay evidencia abundante-- en el caso de Uruguay, por lo menos, es que la desigualdad y la pobreza estén ligadas a procesos de largo plazo y al ritmo inflacionario, que es una pauta de distribución fuertemente inequitativa. A pesar de que se apliquen unas recetas u otras, el desempeño económico del Uruguay depende, en una parte decisiva y mayoritaria, de factores ajenos al control de cualquier gobierno y, por lo tanto, el margen de eficacia de cualquier receta, de cualquier forma de organización económica, es limitado.

3. Recetas y diagnósticos triviales y perezosos

En suma, el país ha estado sumido en diagnósticos apocalípticos y recetas mágicas para salir de la pobreza, en retóricas económicas contaminadas de trivialización y de soluciones y diagnósticos perezosos.

Es decir, se echa la culpa de la pobreza y de la desigualdad de una sociedad a determinadas recetas y se considera que las recetas opuestas o contrarias traerían inmediatamente la igualdad y la riqueza. De hecho, ese diálogo entre ambas retóricas es totalmente inútil, por cuanto nos plantea alternativas falsas.

El efecto contaminante de esta teleología económica que supone la existencia de potenciales de riqueza, es que genera una persecución, una dialéctica retórica acerca de quiénes son los que empobrecen al país. Pero ¿por qué no plantearlo al revés? No tenemos recursos y debemos generarlos. ¿Cómo hacer para retener nuestras mejores tradiciones, nuestros mejores oficios y aprendizajes y explotarlos en buena dirección, de acuerdo a nuestras apuestas morales, sociales y vitales? El problema no radica en quién maneja el asunto (el Estado, el empresario, el sistema financiero), sino en cómo y de qué manera lo maneja.

Lo que se necesitaba --y se sigue necesitando-- es ensayar, sin trivializaciones, propuestas, modelos de orientaciones sustantivas. En vez de buscar culpables, obstáculos en el sistema financiero, en el Estado, en la incapacidad empresarial o en la propiedad privada de la tierra o del latifundio, es necesario buscar criterios exploratorios de formas, modelos y emprendimientos. Es decir, modalidades específicas de avanzar, tradiciones habilitadas para manejar su ajuste a un escenario cambiante.

4. Los justicieros y los puristas

Pero volvamos al análisis de las dos leyendas. Veamos más de cerca esas dos retóricas "salvadoras" que excluyen alternativas, dan por agotado el universo de posibilidades y se presentan como fiscales de la parte contraria. ¿De qué manera esas retóricas sirven como cobertura de una serie de impunidades e irresponsabilidades y como armas de combate detrás de las cuales se mueven intereses y actitudes ilegítimos?

Llamémosle a una, la retórica y cultura económica *justiciera*, y a otra, la cultura *neoliberal* o *purista*. Detrás de cada una de ellas se encubren prácticas, actitudes, disposiciones que son, a esta altura, perniciosas, no solo para el planteamiento teórico de los problemas sino

también para la dilucidación y la mejor opinión acerca de los problemas y para las prácticas grupales, empresariales y sindicales.

5. Justicia social y equidad versus eficacia, progreso, lucro y mercado

Entre los múltiples falsos dilemas en los que incurren ambas, merece un destaque el que se establece *entre la justicia y la asignación eficaz de recursos*. La cultura justiciera propone la asignación de recursos como bien innegociable; la retórica neoliberal sostiene la eficiencia y el beneficio económico por encima de toda condición de solidaridad.

Se trata de un diálogo empobrecido, por cuanto cada una de las partes solo puede argumentar sobre las deficiencias de su polo opuesto. La cultura justiciera reprocha a la neoliberal que no atiende los problemas de equidad, o la condición de los individuos afectados por una determinada medida arancelaria, credencial, etc. A su vez, la retórica neoliberal puede imputar a las hibridaciones clásicas la concreción de algo que no es ni buena política social ni buena política económica. Y, por supuesto, ambas tienen razón en lo que reprochan a su polo opuesto, pero nada obliga a optar necesariamente por una o por otra; la mejor conclusión es que ninguna de las dos sirve y que puede haber una tercera alternativa.

Hay ejemplos muy recientes, ilustrativos de las confusiones a que da lugar la hibridación de consideraciones de producción y consideraciones de justicia y equidad, que derivan en mala política social y mala política económica. Pueden mencionarse al respecto el debate acerca de la continuación de la siembra de caña en El Espinillar, la ley de refinanciación que tiene en cuenta los pequeños y medianos empresarios endeudados, las consideraciones acerca de

los efectos de los precios de los combustibles sobre los distintos sectores, el subsidio municipal a cooperativas de transporte que habrían tenido un pésimo manejo de su capital, de su empresa, de su organización laboral. Detengámonos un poco en los dos primeros, a modo de ejemplo.

La siembra de caña en El Espinillar ha sido mantenida, precisamente, para sostener la ocupación de los individuos de la zona. De hecho, todos los uruguayos, incluso los desocupados, los jóvenes, los informales, los que carecen de posibilidades de empleo y de ingresos, deben financiar una producción de caña que, a esta altura, no se justifica por ningún motivo. ¿Cuál es la diferencia de esos individuos a los cuales se beneficia o pretende beneficiar con esas políticas de subsidios, de créditos especiales, de socialización de su ineficiencia? Simplemente, el hecho de que ya hayan llegado a alguna posición, hayan heredado un bien o hayan obtenido, en algún momento de su vida, un puesto de inserción laboral, un sindicato que los defiendan. Y eso, por supuesto, en perjuicio de todos los individuos que no tienen trabajos formales, sindicatos que los defiendan ni ningún tipo de amparo social o legal. Lo peor de este tipo de políticas y recetas seudojusticieras es que no funcionan.

El caso de los pequeños productores endeudados es tal vez el más ilustrativo: después de diez años en los cuales se habrían agotado todas las chances de recuperación, se justificaba la cesación de pagos. Pero a esta altura, los pequeños productores endeudados no tienen, ni nadie les puede ofrecer --y esto ha sido comprobado por todos los técnicos agropecuarios del Uruguay-- ninguna salida rentable para explotar pequeños predios en esas condiciones. Por lo tanto, mantenerlos en esta situación, seguir perdonando las deudas y justificando un subsidio de la sociedad para que estas sean socializadas, no solo es prolongar su agonía sino hacer una especie de

justicia social mostrenca: tiene en cuenta situaciones adquiridas, consolidadas, pero no tiene en cuenta a otros individuos en muchísimo peor situación, sin ninguna posibilidad de trabajo organizado, formal, y tanto o más necesitados que ellos. Esta es la confusión paradigmática de esta retórica.

Para la postura neoliberal, a su vez, la justicia social es caricaturizada sobre la base de las debilidades que ostenta su polo contrario; contra ellas combate y hace una confusión deliberada y simétrica, en tanto rechaza *in totum* cualquier plano de consideración de solidaridad y de equidad.

Esta retórica purista excluyente dirá que los países ricos lo son por que no tienen en cuenta, tanto como el Uruguay, estas cuestiones de solidaridad y consideraciones espurias.

Sin embargo, el Uruguay no puede vanagloriarse de ningún título en cuanto a niveles de solidaridad y de equidad. Precisamente, los países más exigentes en la apreciación de los aportes productivos, de las *performances* y los desempeños económicos de sus integrantes, son aquellos que han desarrollado, a la vez, políticas sociales más nítidas y de mayor alcance, incluso de un alcance universal. Lo hacen en forma franca y no las encubren en cuestiones de política económica.

Así, pues, hay un doble error: considerar que esas políticas justicieras híbridas son la mejor representación posible de la justicia social y atribuir el estancamiento de la economía uruguaya a un exceso de solidaridad. En realidad el problema --los mejores ejemplos lo prueban-- es completamente distinto.

6. Las murallas corporativas

Otro tipo de falso dilema se plantea en torno a la regulación de las relaciones laborales. La retórica justiciera da lugar a una ética de la impunidad y de la irresponsabilidad, y toda su cobertura de

conquistas sociales y de estabilidad laboral y salarial se ha convertido a esta altura en una muralla de protección, para que el individuo no pueda ser juzgado por su capacidad de realizar aportes productivos.

Son murallas corporativas que cubren a todas las categorías, haciendo imposible establecer diferencias y que ninguno --tanto dependiente como superior-- pueda ser sancionado por su incompetencia, por su holgazanería, por su falta de ética laboral. En el fondo es una cultura que, inconciente o concientemente, ha erigido una incapacidad de juzgar y exigir a sus socios que sus prestaciones, sus servicios profesionales, laborales, comerciales sean de calidad.

Las murallas corporativas, amparadas por la retórica justiciera, son perversas; generan una clientela cautiva, impiden a los individuos --que se supone son los usuarios de actividades laborales y profesionales-- discriminar y establecer una relación de apreciación genuina con lo que reciben; les obliga a casarse con un servicio frente al cual no tienen ninguna capacidad de opción.

Hay ejemplos muy típicos de estas murallas corporativas contra el juicio y la discriminación, siempre bajo la excusa de una "justicia" que ampararía a la parte más débil, a la parte contratada, a la parte dependiente en la relación laboral: a) los privilegios y estatutos de estabilidad laboral conseguidos por la Asociación de Bancarios del Uruguay, fundamentalmente, para los funcionarios de la banca privada; b) la resistencia de los sindicatos organizados de empleados públicos a establecer cualquier clase de discriminación entre los grupos de contratados¹; c) la defensa corporativa que hace el Sindicato Médico ante cualquier intento de llevar a la Justicia a su personal por negligencias, omisiones y errores a veces mortales, señalando los bajos sueldos, las condiciones de trabajo, etc.; d) la protección de la estabilidad salarial en virtud de la cual la defensa de la parte débil se convierte en un poder organiza-

do para que el individuo que cuenta con un sindicato --un 20 % de la población-- tenga capacidad de rigidizar sus ingresos salariales y ponerse insolidariamente a salvo de los efectos inflacionarios o de los *shocks* que recibe el país.

De cualquier manera, no creo que se pueda establecer una relación directa, de culpa, entre estas coaliciones distributivas y el estancamiento en el Uruguay. Más bien tiendo a pensar que no existen correlaciones causales nítidas en tal sentido. Lo que sí parece evidente es el efecto de contaminación política, que concentra sobre un sector minoritario y con poder de negociación toda la retórica justiciera, basada en argumentaciones de debilidad.

Ahora bien, esas murallas corporativas no se han erigido por casualidad. En cierto sentido son un reflejo de la inexistencia de una cultura económica del "otro lado" que, en nombre de la competencia, haga discriminaciones de idoneidad. En realidad, la retórica purista neoliberal ha fomentado un tipo de privatización particularista de los juicios de apreciación laboral: lo que triunfa no es un sistema abierto y visible de oportunidades, sino el acceso en función de parentescos o vinculaciones de amistad, que quitan al cotejo todo carácter abierto y transparente.

Esta deficiencia de la cultura neoliberal para conducir al juicio empresarial o para constituir una pista objetiva de apreciaciones no es casual. Es, digamos así, la otra muralla. Así como en nombre de la retórica justiciera se erige una muralla corporativa para la irresponsabilidad y la falta de dedicación seria y competente al trabajo, la retórica neoliberal levanta una muralla para que el empresario no dé cuenta ante ningún ámbito ni frente a ningún control social,

de las oportunidades y la forma como las crea, las asigna, las pone a disposición.

Se trata, pues, del lado empresarial, de una cultura de oportunistas y depredadores, que solamente van a buscar recursos humanos cuando los necesitan, desentendidos de los costos y las previsiones de los tejidos sociales necesarios para la reproducción de esas capacidades y competencias. Oportunistas y depredadores incorporan cuando les conviene, no hacen ningún pacto de reciprocidad, privatizan su emprendimiento y su decisión convirtiéndolos en un asunto idiosincrático, aislado e irresponsable.

7. Al margen de la política

Existe otro falso dilema en que nos deslizan estas dos retóricas contaminadas y contaminantes. Tiene que ver con su concepción de la política. Las dos culturas, en el fondo son autocráticas, monologantes, pretenden sustraerse a la racionalidad política, a la opinión profana del debate. Es la cultura económica del *agente saneado* --el empresario o el estadista planificador--, del decisor que asigna los recursos independientemente de toda opinión no técnica. Su eficiencia consistiría, precisamente, en estar sustraídos a esa erraticidad y esa volatilidad de la opinión profana, de situarse al margen de la política, por lo tanto.

8. La receta de la voluntad general

En el caso de la retórica justiciera, es el sueño de una voluntad de Estado, una voluntad social, racional e informada, encargada de decidir lo que habría

1. Incluso al tratarse de individuos contratados por la dictadura durante la Administración de Paysée en la IMM, o en el Consejo del Niño, cuando sus técnicos y psicólogos protestaron y se negaron a confeccionar los *tests* para procesar una selección entre más de 1.500 cuidadores, muchos de los cuales no estaban capacitados para desempeñar su función y habían sido contratados en forma zafra y precaria.

que hacer, con prescindencia del mercado, de las tradiciones productivas y de las matrices locales de aprendizaje: el *modelo* de explotación, de reconversión industrial, los *planes* agrícolas, el plan pesquero, el plan forestal, etcétera.

Tras esta voluntad general rousseauniana se encuentra la idea que conceptúa al interés general sustraído a las opiniones e intereses particulares, como el agente saneado que indica cómo se deben aprovechar los conocimientos científicos, las modas tecnológicas, etc. De hecho, esta voluntad de Estado, esta voluntad de la ciencia oficial, de la industria oficial y de la agricultura oficial --como también de la historia oficial y el arte oficial-- se autopercibe depurada de imperfecciones, porque se supone que no representa intereses sectoriales o grupos particulares de situaciones. Sin embargo, detrás de cada una de las opiniones de "expertos" y de "estadistas" hay también un debate interpretativo, en el cual cada tres, cuatro o cinco años cambian completamente los resultados, las consignas y los modelos analíticos.

Hay, por otro lado, una segunda versión de esa voluntad general: lo que se puede llamar la *concertación* --usando un término fuertemente explícito en el contexto uruguayo--, también una forma particularmente perversa de querer sustraer la dilucidación de las formas y criterios de emprendimiento del debate político. Las instancias de concertación son especialmente acondicionadas

para que solamente algunas pocas voces autorizadas entren y logren acuerdos acerca de ciertos fines y de proyectos nacionales de desarrollo. Allí ingresan, por supuesto, los técnicos y las corporaciones, con su voz aparentemente unánime que esconde las diferencias internas. Se trata, otra vez, de generar un espacio de clientelas cautivas.

9. La receta del mercado

En las antípodas, la retórica de la cultura neoliberal también intenta construir dos formas de exclusión de la política. En primer lugar crea la ficción de un agente saneado y lo llama *mercado*. El fallo del mercado se percibe como la única oportunidad, excluyente de cualquier otro intento de apreciación deliberante.

Pero hay algo más trágico, todavía, en esta confusión en que incurre la retórica excluyente y purista cuando considera a la sociedad obligada a atenerse a un solo fallo, el del mercado, erigido en una especie de instancia unívoca, de castigo moral necesario para que los individuos corrijan sus actitudes: los fallos del mercado son provisorios.

En efecto, simplemente registran que una sociedad, en determinado momento, no ha percibido determinadas actividades o talentos como interesantes o que quien hace la oferta no ha tenido, hasta ahora, la capacidad de convencer a los demás de que lo que él puede

2. Piénsese en aquellas instituciones que como las bancocentralistas, mejor ilustran la capacidad de arbitraje social bien legitimado y prestigiado. Ellas se han consolidado, precisamente, por no estar sometidas a la presión de intereses particularistas y porque responden a un principio de tratamiento equitativo, de igual consideración a todas las situaciones. Si se analiza la forma en que se desempeñan esas instituciones en Estados Unidos, en Alemania, en Italia, se comprueba que, lejos de ajustarse mecánicamente a reglas formales, a ecuaciones matemáticas que relacionan la cantidad de moneda con determinado índice, ellas elaboran un archivo discernido y competente de criterios de apreciación acerca de cómo evitar que la moneda genere distorsiones, transferencias de recursos de un sector a otro, asimetrías, poderes estratégicos de los ahorristas sobre los prestatarios o a la inversa. Hay también allí, en la política monetaria, una tradición, un debate acerca de mejores formas de ajustar las masas monetarias. No existe, en suma, una política racional sustraída a ese debate interpretativo, a esa acumulación de tradiciones y de criterios.

aportar tenga interés para ellos. Así como es provisorio el fallo de la actividad política, también es provisorio y revisable el fallo del mercado.

Una sociedad no tiene por qué tomar como única voz, ni como único fallo, la última moda, que no comprende o no acepta una innovación en materia técnica, musical, artística. Más aun, cualquier sociedad es lo suficientemente inteligente como para no excluir, y poco menos que castigar con el infierno, a los individuos que no logran convencer a sus consocios del interés de sus aportes posibles.

De hecho, los propios economistas señalan que no todas las informaciones relevantes proceden de la adhesión, la entrada o la salida del mercado. Es decir, consideran que tan importante como la adhesión, la entrada o la salida del mercado, es lo que podríamos llamar la voz, la información discriminada que reciben las unidades económicas, acerca de adhesiones y no adhesiones y acerca de las exigencias críticas. Ello introduce, por supuesto, una deliberación y no solo un contacto puntual entre una oferta y una demanda. Y en verdad, no hay ninguna instancia por la cual el fallo puro de la entrada y salida del mercado deba ser excluyente de otras formas a través de las cuales la sociedad, los individuos, las empresas, recogen la información, elaboran tradiciones y criterios, corrigen sus propios emprendimientos.

Así, pues, el intento de demarcación por el cual se pretende excluir cualquier instancia política y construir como única fuente de preferencias las que se expresan en el mercado, fracasa porque no encuentra ninguna forma de justificar la exclusión de deliberaciones, de diálogos, de flujo de información entre las unidades, ni consigue justificar a las preferencias prácticas como la única forma saneada de reflejar fielmente las preferencias. En realidad, entre las preferencias directas y prácticas y las preferencias reflexivas, no podemos establecer ninguna línea demarcatoria de verdad, ni de naturaleza, grado o sustancia.

Ambas son fuentes relativa y provisoriamente confiables de información acerca de las preferencias de los individuos. Unas, en condiciones en las cuales los individuos se enfrentan atomísticamente con una oferta siempre restringida; otras, en una instancia reflexiva en la cual los individuos tienen posibilidades de comparación, de cotejo, de elaboración de interpretaciones y criterios de segundo nivel, por los cuales esas preferencias directas se incorporan a preferencias de más largos plazos, se elaboran como tradiciones y criterios de vida más genéricos.

10. La receta de las políticas neutras

El segundo criterio demarcatorio neoliberal por el cual se intenta excluir a la regulación política, es el de que esta debe ser necesariamente neutral, destinada a establecer regulaciones meramente formales para no interferir con los criterios sustantivos y morales de los individuos. En este marco, las regulaciones políticas solo podrían ser de tipo sintáctico, pues de lo contrario caerían en arbitrariedades, en preferencias estatales acerca de cómo deben vivir los individuos.

La deficiencia de este intento de demarcación consiste en creer que sin descender a un plano semántico, de discernimientos, se pueden obtener regulaciones generales, previsibles y confiables. Por ejemplo, que se puede obtener una política monetaria y fiscal que responda a principios genéricos justificables, sin tener en cuenta contenidos y situaciones, sin discernir criterios y principios.²

11. ¿Estancados o atrasados?

Pero lo peor es, probablemente, la constatación de que a pesar de que se apliquen unas recetas u otras, el desem-

peño económico del Uruguay depende, en una parte decisiva y mayoritaria, de factores ajenos al control de cualquier gobierno y, por lo tanto, el margen de eficacia de cualquier receta, de cualquier forma de organización económica, es limitado.

Toda la búsqueda de diagnósticos y recetas, en ambas retóricas, ha estado desencaminada, por cuanto se basó en una falsa alternativa. No tuvieron en cuenta la posibilidad de que no hubiera, en realidad, ninguna explicación razonable del estancamiento, porque el estancamiento, en cierto sentido, no constituye una anomalía. El Uruguay no tenía demasiadas oportunidades y nadie propuso o elaboró sendas de crecimiento viables que fueran rechazadas.

¿El Uruguay es un país estancado o es un país al cual otros han dejado atrás? ¿Es una sociedad enferma o es una sociedad meramente atrasada? Se trata de analizar nuestras versiones habituales y frente a ello, plantear la siguiente pregunta: el supuesto estancamiento o atraso de nuestra economía ¿se debe a fracasos propios o a éxitos ajenos? Y en segundo lugar, ya vinculado con el problema de nuestra moralidad pública, de nuestras prácticas colectivas, ¿es esta una sociedad de avivados, o de infantiles y aburridos?

Martín Rama, en su artículo "El país de los vivos",³ lo registra; los uruguayos recibimos desde la cuna un diagnóstico que se repite hasta el cansancio: el Uruguay sería un país económicamente atrasado por lo menos desde la década del 30. Por lo tanto, llevamos ya sesenta años de estancamiento. Es un país enfermo porque hace más de medio siglo, repitiendo los mismos esquemas, no muestra sino su incapacidad de hacer cosas nuevas.

Habría que señalar, ante todo, la endeblez de esta interpretación. En primer lugar, no disponemos de cifras

anteriores a 1935, por lo que es difícil saber si ha habido un deterioro o un estancamiento con respecto al pasado. Lo que sí sabemos, según Rama, es que desde el período de 1940 a 1956, el PBI uruguayo creció a una tasa de 2,87 % anual, y que en el período de 1969 a 1981 lo hizo a una tasa de 2,82 % anual. Para cualquier país, ello no permitiría hablar de estancamiento.

Visto que esta idea del estancamiento económico uruguayo carece de bases firmes, deberíamos invertir la pregunta: ¿por qué ha existido este diagnóstico? En lugar de preguntarnos por el estancamiento, deberíamos plantearnos ¿por qué los uruguayos, desde hace muchos años, seguimos repitiendo esta versión acerca del estancamiento? Puede pensarse que, más bien, desde siempre hubo en el Uruguay una versión negativa de su desempeño económico. Aun en las épocas de crecimiento, la "inteligencia" uruguaya --desde los economistas a los literatos-- vinieron señalando su descontento, su malestar por los desempeños civilizatorios y económicos de los uruguayos.

Todo se parece a un enfermo rodeado de médicos que diagnostican y recetan, pero sin que ninguno se detenga a reflexionar sobre si su pregunta está bien planteada o si ella no es fruto de una obsesión que toma la forma de la búsqueda de un rasgo específico. Uruguay es una anomalía. El Uruguay, al cual se supone enfermo, atrasado, estancado, debe presentar algún factor interno que lo diferencie de los demás y lo conduzca a ese destino de estancamiento.

Cabe además señalar en el diagnóstico, la ausencia de referencias comparativas. Los académicos y la cultura económica uruguayos han recorrido, como males propios, lo que en realidad es el registro de problemas compartidos por muchas naciones. Así, todas las

3. Martín Rama, "El país de los vivos: un enfoque económico", en *Suma*, vol. 6, n° 11, Montevideo, 1991.

denuncias de proteccionismo estatal, de burocracia, de ineficiencia pública, no son más que elementos que podemos encontrar en todos los países, aun en aquellos que han tenido el mejor desempeño económico.

12. Que Mozart fuera un prodigio no implica que Salieri fuera un infradotado

La cuestión puede profundizarse todavía si nos preguntamos a qué nos referimos cuando hablamos de estancamiento. A veces los autores utilizan indistintamente dos connotaciones: en unos casos hablan de estancamiento y en otros, de retraso. Aparentemente es lo mismo; sin embargo, a partir del estancamiento, es muy fácil deslizarse a un diagnóstico interno, a una búsqueda de males internos de una sociedad a la que se vislumbra incluso en vías de extinción.

El quedarse atrás, en cambio, tiene una connotación relativa y esa relativización ofrece por lo menos dos niveles. Uno, que alguien se queda atrás porque los otros van más ligero. En este primer nivel asumimos el supuesto de que son recorridos independientes. El hecho de que unos vayan más ligero y otros más despacio no constituye una anomalía, algo que debamos explicar, un problema a resolver en términos de enfermedades, diagnósticos, obstáculos. El segundo nivel no acepta el supuesto de los recorridos independientes. En este caso, el hecho de que unos queden atrás no se debe meramente que corran más despacio, sino a que se trata de una competencia por recursos, éxitos y empeños en los cuales, de alguna manera, disputamos atención o interés de un universo relativamente escaso de oportunidades.

Volvamos al primer nivel de relativización. Decimos que alguien se queda atrás porque otros van más ligero. En consecuencia, cabe levantar la obsesión

indagatoria por el problema del estancamiento, en tanto anomalía, desde el momento en que simplemente se constata que no todos están obligados, por alguna normalidad o legalidad, a tener el mismo desempeño. Si Mozart es un compositor de mayores logros que Salieri, ello no constituye una anomalía, ni significa que deba buscarse en Salieri algún problema. Si Galileo adelanta a otros físicos en esa carrera por descubrir las bases de la cinemática, no es que debamos buscar en los otros físicos algún mal o enfermedad que explique su retraso. Más bien habría que explicar el éxito de los que van en mejor lugar.

En suma, se trata, en primer término, de utilizar un conjunto amplio de referencias comparativas para desdramatizar y relativizar los éxitos y los fracasos, quitarles esa connotación por la cual se convierten respectivamente en indicios de una salud o de una enfermedad.

Circulan en este tópico diversas falacias. Por ejemplo, aquella por la cual el desempeño exitoso en el campo económico sería la consecuencia natural de la constitución del sujeto. Implica un enfoque sociocéntrico por el cual los sujetos constituidos y la constitución social de las conformaciones económicas serían las raíces y la explicación de los itinerarios más o menos exitosos. La literatura política del siglo XIX abunda en estos enfoques: es el Pensamiento de Sarmiento, de Varela, culpando a la "debilidad" de las razas de este suelo de sus males. En otro contexto, se buscaría en la religión protestante, como lo hizo Max Weber, la raíz cultural del mejor desempeño económico durante la revolución industrial del siglo XIX en los países del norte --olvidando, por ejemplo, que Bélgica, un país de impronta religiosa católica, estuvo desde los inicios de la revolución industrial en los primeros lugares y tuvo *performances* tan dinámicas como la de los países protestantes--.

En segundo lugar, es imprescindible observar el carácter provisorio, fluctuante y parcial de los desempeños exitosos o menos exitosos, fracasados o mediocres de los distintos contextos económicos y convencernos de que, en ningún caso, esos registros permiten deducir la existencia de factores específicos responsables del éxito y el fracaso.

Pero además, los éxitos y los fracasos son relativos en un sentido distinto, en el interior mismo de cada contexto económico. No es que una sociedad sea igualmente exitosa o igualmente fracasada. En realidad, se observa que ciertas sociedades presentan desempeños buenos en algunos renglones y malos en otros. Rusia llegó a desarrollar una ingeniería espacial y nuclear de altísimo nivel, que no pueden alcanzar Japón ni Estados Unidos ni Alemania, en el marco de una sociedad donde muchos sectores están muy atrasados. India ha desarrollado una elite intelectual de altísimo nivel; en algunos sectores económicos demuestra *performances* nada desdeñables, mientras que en otros arroja la imagen de un país atrasado y empobrecido. Uruguay ofrece sectores dinámicos como el arroz, la cebada, los lácteos, los citrus, y si hubiera causas específicas, o sociocéntricas, vinculadas al sistema social uruguayo, no se podría explicar por qué disponemos de sectores sociales como estos, con dinamismo, capacidad de acumulación, de investigación, de expansión comercial, de búsqueda de nuevos mercados, etcétera.

13. El éxito de unos genera efectos atractivos y comparativos

Hay otras connotaciones que tienden a relativizar la noción de retraso. Los recorridos --los desarrollos económicos de los distintos grupos, ciudades, pueblos-- no son independientes, por cuanto el éxito de unos genera efectos

atractivos y comparativos. Es decir, un polo de desarrollo de una ciudad genera sobre su entorno inmediato un efecto atractivo y en cierto sentido empobrecedor, por cuanto atrae hacia ese centro los recursos y los empeños, los capitales, los conocimientos, las capacidades de ese entorno, que no son cautivos.

Hay, pues, en el fondo, una competencia limitada, por la que los polos de desarrollo, las naciones en crecimiento relativo, reciben flujos favorables. Esta recepción presenta dos tipos de límites. Por un lado, el recibir recursos, flujos, obliga a sostener ese proceso expansivo a la misma velocidad con que fluyen los recursos, lo cual no siempre es posible. Un país exitoso recibe flujos migratorios y capitales, pero debe encontrar oportunidades de empleo y de inversión para esos recursos de capital y humanos que fluyen hacia él. De lo contrario, ese exceso de flujos hacia el centro relativamente exitoso se convierte en una carga.

Y tiene otro límite, en el sentido opuesto: las acumulaciones de conocimientos y de procedimientos que realiza son cada vez más fácilmente trasladables a otras áreas, sin los costos y trabajos que tuvo el centro para lograrlo. Por lo tanto, las periferias pueden beneficiarse más fácilmente de los hallazgos que surgen de los centros, sin pagar el mismo costo. Pero a medida que los recursos humanos son menos cautivos, todas las naciones están desafiadas, en un sentido dramático, por cuanto a ninguna le está asegurada la condición de polo atractivo. Todas sí están amenazadas, pero su éxito no depende ni del manejo más o menos acertado de tres o cuatro recetas, ni de la competencia misma.

14. No hay condena

Tanto preguntarse sobre las causas del estancamiento tiene en el fondo una premisa arbitraria. Supone que todos los países están "condenados" a registrar

un crecimiento económico y que, por lo tanto --insisto en esta tesis--, si alguno no lo logra, debe contener una enfermedad, alguna interferencia, algún obstáculo. Es la misma idea que encontramos en las teorías iluministas de la verdad: los agentes saneados están condenados a encontrar la verdad y, por lo tanto, si hay errores, estos deben ser remitidos a alguna distorsión de la mirada, a alguna interferencia de pasiones. Cuando, en realidad, tanto en un caso como en el otro, los errores y los aciertos forman parte de un sistema de búsquedas, de una exploración en la cual no hay ninguna garantía de que, aun con los mejores métodos, un país, un grupo o un individuo estén destinados a la verdad o al éxito económico.

Se trata, pues, de un supuesto arbitrario y escasamente rendidor desde el punto de vista de la investigación, porque conduce a esa búsqueda errada de factores específicos (la raza, la religión, las políticas fiscales, la distribución y tamaño de la tierra...) para explicar éxitos y fracasos, y porque supone, además, que habría una sola forma de llegar a la verdad, a la justicia, al éxito económico.

¿Cuáles son las dos estrategias de investigación que surgen de ese supuesto arbitrario y poco rendidor? Una es la que podríamos llamar *clínica extirpatoria*. Se supone que hay un potencial implícito y que, si no se explicita, habría que encontrar y extirpar los factores específicos que lo estarían obstruyendo.

La segunda variante es la *regenerativa*, que en vez de buscar obstáculos, apela a la configuración sociocultural, a la existencia de males orgánicos en la cultura, en la religión, en la salud moral de los pueblos, que evidencian una constitución que impide el buen desarrollo económico. La cura ya no es en este caso la extirpación, sino algo así como un psicoanálisis: es una sociedad enferma, que debe revisar sus creencias, sus convicciones internas, sus predisposiciones, su manera de ver el mundo,

para poder recomponer su salud moral y lograr el éxito económico.

Podemos observar ahora el sistemático fracaso de este tipo de diagnósticos aplicados al caso uruguayo. En ese sentido, la historia de la reflexión económica uruguayo es un cementerio de diagnósticos y recetas refutados, de seudorrevoluciones potenciales que liberarían a la riqueza de los uruguayos de las cadenas que la tenían trabada.

15. Estoicos, infantiles, mezquinos...

Si a pesar de todo, seguimos convencidos de que hay algo que anda mal, de que los uruguayos andamos mal en la pista económica y que lo económico, así como el fútbol, es una fuente de frustraciones, uno podría preguntarse si el centro de la cuestión no estará radicado bastante más allá del uso y la asignación de los recursos, del peso del sector financiero, de las coaliciones distributivas, de la concentración de la propiedad privada, del peso excesivo del aparato estatal, etcétera.

¿Qué es lo que hace que funcionemos mal y a los tropezones, independientemente de cómo nos vaya y que nuestras relaciones económicas sean confusas? ¿Qué es lo que hace que cuando nos apreciamos como productores, clientes, consumidores, pacientes, educandos y educadores, la forma en que se adjudican méritos, ingresos y oportunidades esté cargada de confusión y sea un engorro específico? ¿No será que, más allá de la pista económica, hay en la misma moral uruguayo alguna enfermedad?

La tentación de buscar en la sociedad como colectividad moral la razón última de nuestros yerros económicos es, en el fondo, una tentación holista. Así como hay una respuesta y un diagnóstico holista estructural a los presuntos problemas de la economía uruguayo, este es un intento de vincular el compor-

tamiento económico uruguayo con un agente que estaría enfermo. Es decir, otra vez incurriríamos en el mismo prisma holista de buscar en el sujeto --en su composición moral, en este caso-- la raíz última de los desempeños, en vez de hurgar a nivel de los criterios específicos y las tradiciones por las cuales se organizan las actividades económicas.

En un sentido muy grueso, la propuesta de Martín Rama podría ser tomada como buena. El problema radicaría en la colectividad moral uruguaya que, al igual que la argentina, está infestada por una filosofía moral que se expresa en el tango. Es una filosofía del avivamiento, de la no cooperación; es la filosofía del "garronero", del individuo que busca beneficiarse de los demás sin reciprocidad. Estaría allí, en último término, la raíz de nuestra incapacidad para desplegar una estructura económica saneada.

Al respecto, el primer problema que habría que plantear es el referido al holismo moral y cultural involucrado en esta respuesta. Por supuesto, decir que los uruguayos y los argentinos tenemos una cultura moral, una disposición subjetiva que se expresa en la filosofía del tango, es ingresar a un terreno muy vago, muy subjetivo, como siempre que se habla de la cultura. Pero ¿qué tiene que ver esta moralidad "superyoica" con nuestro malestar económico? Diría que directamente muy poco, salvo por un vínculo más complejo, difícil de elucidar en este momento, entre esa distancia superyoica en que se establecen las pautas morales de nuestra vida y la forma como juzgamos los desempeños económicos.

Creo que hay un núcleo común a nuestra moralidad estatal y nuestra moralidad económica: en ambos casos, los uruguayos hemos establecido una distancia tan grande entre el gesto de cada individuo y el plano en que él es juzgado, que existe una imposibilidad y aun una resistencia a recibir el juicio discriminado de los otros acerca de

nuestro desempeño como productores y funcionarios. El uruguayo ha creado un concepto de ciudadanía que debería estar al margen del juicio y la apreciación de los demás. Para salvar ese núcleo moral y para salvarnos de la parcialidad o precariedad de los juicios de los otros, hemos creado una dificultad, un sistema de resistencias tanto para oír y atender los juicios de los otros como para emitir juicios sobre los otros.

Se trata de una dificultad genuina y seria. Desconfiamos, en el fondo, de los juicios provisorios que emitimos sobre los individuos y queremos poner a salvo de esa apreciación, por la cual unos individuos son consagrados y otros son marginados, la ponderación de una personalidad ciudadana, situada casi al margen del éxito y del fracaso, de la competencia y la incompetencia. Desconfiamos de todos los aspectos de azar --por el lado del desempeño y por el lado de la apreciación-- que inciden en el hecho de que alguien sea apreciado como muy bueno o como muy malo. Y por lo mismo, hemos tratado de encontrar un plano en el cual tales discernimientos no pesen, en el que nadie deba ser sometido a ese tipo de apreciaciones, en el que su suerte y su destino queden a cubierto y por el que, al fin y al cabo, no sea bueno emitir y hacer valer el juicio de cada uno sobre lo que ve que hacen los otros.

Si bien esta dificultad real también tiene sus virtudes, en tanto evidencia un intento de salvaguardar una igualdad básica, más allá de factores aleatorios que hacen que los individuos tengan mejores o peores desempeños, debe repararse en que supone un plano de consideración que desvitaliza y trivializa todos los gestos humanos. Al tomar tanta distancia de lo que hacemos y de nuestro destino, llegamos a contemplar nuestro propio desempeño casi desde la mirada del estoico, para el cual nada tiene urgencia ni relevancia.

No es este un rasgo cultural ni una enfermedad, sino más bien la aprecia-

ción de una apuesta interpretativa acerca de lo que debe ser importante a considerar en los vínculos humanos, que en nuestro caso efectivamente constituye un lastre para establecer articulaciones económicas exigentes. Y no es solamente un problema de articulación exigente de nuestras prestaciones recíprocas; genera también, a la larga, una desvitalización y una irrelevancia del destino humano. Si el Uruguay es una sociedad en peligro de extinción, lo es porque ha apostado a no tomarse demasiado en serio lo que hace, como si esa suerte --la suerte material, la suerte de éxitos, carreras, *performances*-- no fuera sustantiva y su dignidad moral estuviera más allá de ese plano de competencia.

En todo caso, podría afirmarse que hay múltiples formas a través de las cuales una cierta apreciación moral puede llegar a ser un lastre para articular desempeños económicos. En el Uru-

guay, no se trata de una exaltación heroica del "avivado", del depredador que se ha levantado como un héroe corajudo. Más bien, el drama de nuestra moralidad pública y económica no es tanto que sea un abismo diabólico de corrupción, o de heroicidad desprendida e incapaz de asumir tareas cotidianas, sino que toma la forma de una moralidad desvitalizada, muy infantil, irresponsable, que ni siquiera encuentra formas de desprendimiento, y que incluso puede llegar a perfilar modos muy mezquinos de relación con el dinero y con lo material. Es decir que lo malo, quizás lo más enfermizo de nuestra moralidad pública, no es tanto que seamos ineficientes o indisciplinados, sino que no podamos festejar ni la viveza ni la honestidad. No disfrutamos de nuestra honestidad, a pesar de ser bastante honestos; tampoco disfrutamos de nuestras pillerías y nuestras travesuras. Somos infantilmente aburridos y mezquinos.